

COMUNICACIÓN: D. Secundino Valladares
2º sesión del I Seminario: “Los Nuevos Escenarios Mundiales

NARCISISMO
UNA MUTACION ANTROPOLOGICA DE LOS ESTILOS DE VIDA

*“To love myself enough so that I do not need
another to make me happy.”*

Desde los años setenta, una pléyade de analistas sociales vienen llamando la atención sobre el fenómeno del narcisismo. Para unos se trata de un estilo de vida o cultura grupal como es el caso de Christopher Lasch; para otros, Henry Malcolm, sería un fenómeno generacional con ánimo de permanencia; otros, como Richard Sennett, lo clasifican como una de las tiranías de la intimidad postmoderna, mientras que no faltan quienes lo describen como un estado de conciencia que bordea la anormalidad: es el caso de Adwin Schur, que lo describe como un tipo de solipsismo que frena el cambio social, o el caso de Kernberg que los sitúa en la zona fronteriza de las patologías.

Al margen de estas aproximaciones, todas ellas formas válidas y complementarias de abordar el fenómeno, este trabajo se adhiere a la postura de Lipovetsky que sostiene que el narcisismo es una radical mutación antropológica que representa un estadio avanzado del individualismo postmoderno. Según esto, el narcisismo representaría un tipo de estructura de personalidad inédita, donde las relaciones del individuo consigo mismo, con su cuerpo, con los otros, con su entorno y con el sentido del tiempo quedan radicalmente alteradas. El narcisismo constituye, pues, una nueva constelación de valores que hace aún más abigarrada la pluralidad de universos simbólicos que caracterizan a la sociedad industrial moderna. La relativa opulencia de la sociedad capitalista y su radical permisividad unidas a la revolución de las nuevas tecnologías son la matriz originaria de este nuevo individualismo puro y duro que, despojado de los convencionales valores sociales y morales, clausura el último estadio del individualismo, haciendo que la esfera privada, emancipada de toda referencia trascendente, cambie de sentido y quede a merced de los cambiantes deseos de los individuos. Si el *ethos* empresarial y la creencia en un desarrollo indefinido caracterizaron la primera modernidad, está claro que el narcisismo, con su talante hedonista y su indiferencia hacia la historia, caracteriza la postmodernidad, desbancando así al reino del *homo economicus* y estableciendo el imperio del *homo psychologicus*.

Relativismo Cultural

Tanto el principio del relativismo cultural en antropología como la nueva versión del principio de realidad en las ciencias terapéuticas constituyen el doble pivote sobre el que descansa el fenómeno socio-cultural del narcisismo. El relativismo cultural siempre se ha entendido en términos espaciales. Esto es, las culturas distintas y distantes de la nuestra

2.

se han de contemplar siempre en pie de igualdad con la nuestra. De forma que no hay culturas superiores ni inferiores; de lo contrario, incurriríamos en un craso etnocentrismo. Pero el principio del relativismo cultural también se puede aplicar a nuestra propia cultura desglosada en etapas históricas diferentes. Es decir, cualquier forma histórica de una misma cultura es tan digna de ser tenida en cuenta como la anterior o la siguiente. Esto viene a cuento de los relevos generacionales. Cada generación, decía Ortega, tiene el deber inexcusable de forjar su propio mundo, su horizonte vital respondiendo originalmente a los problemas que plantea la vida. Pero estos problemas han sido respondidos ya originalmente por las generaciones anteriores, de modo que la generación emergente, más que sentirse presa de sus acuciantes problemas vitales, se siente presa de las soluciones aportadas por otros hombres en circunstancias distintas, soluciones que constituyen una especie de legado-lastre en el horizonte vital de la nueva generación. Cuando este legado entorpece la urgente tarea de vivir, esto es, de construir ese universo imaginario que da sentido al quehacer histórico de cada generación, es entonces cuando ocurren los cambios de rumbo, las crisis civilizatorias. Y es entonces cuando los pueblos, igual que la zorra invadida por las pulgas, el símil es de Ortega, se sumergen en el agua de la historia y de una vigorosa zambullida se liberan de ese lastre parasitario, entregándose así a la tarea de construir su propio universo simbólico, un universo de soluciones originales.

El narcisismo representa esta vigorosa zambullida de las nuevas generaciones que hace tabla rasa de los sistemas de valores y pautas de conducta establecidas, y que inaugura una nueva visión del mundo en franca oposición con lo que ha sido la cosmovisión occidental de las últimas centurias. En los últimos cien años, presididos por cambios e innovaciones técnicas de envergadura, se ha producido el relevo generacional sin menoscabo de la continuidad histórica, es decir, sin alterar básicamente lo que se consideraban las creencias, valores y pautas del sistema social y universo simbólico. Sin embargo, en los últimos 25 años, el cambio en los estilos de vida ha sido radical como lo atestigua el desarrollo del comportamiento narcisista. Pues bien, nada de esto hubiera sido posible sin el reblandecimiento que el relativismo cultural imprime a las viejas estructuras cognitivas. El relativismo cultural ha actuado como un disolvente de lo instituido, reduciendo al ámbito de lo puramente convencional lo tenido por sagrado. Esta radical mutación antropológica en creencias, valores, estilos de vida, representada por el narcisismo, nunca hubiera tenido lugar sin el concurso y previo allanamiento de las viejas referencias cognitivas a cargo del relativismo cultural.

Nueva Versión del Principio de Realidad

En los tiempos de Freud, tiempos de subsistencia y cambio lento, la realidad era un dato externo insoslayable que se imponía al sujeto independientemente de su voluntad; y la salud mental, es decir, la normalidad se alcanzaba mediante la represión y consiguiente

3.

frustración de los deseos y necesidades de los individuos. Hoy, en cambio, las profesiones terapéuticas, léase psicoanálisis, psiquiatría, psicología clínica y aplicada, postulan como dogma indiscutible que el paciente debe experimentar la realidad, debe comprobar los límites artificiales del propio Yo, definir el lugar de su Yo en un mundo de normas convencionales, ver la forma en que la realidad se adapta a sus deseos y no al revés. Es decir, la realidad ha dejado de ser ese dato de experiencia externa insoslayable que se impone coactivamente sobre el individuo para convertirse en un dato ambiguo y fluctuante perfectamente adaptable a los deseos del actor social.

Así, cualquier práctica de experimentación social con drogas o sexo, de relaciones prematrimoniales o extramatrimoniales, de homosexualidad no son contempladas por el psicoanalista como exhibicionismo, orgía sexual, fantasías eróticas o simple desviación de la norma, sino como modos de tanteo y experimentación con una realidad moldeable. Y el terapeuta que califique tales actos de patologías viola la sagrada responsabilidad de dejar al paciente que descubra y manipule la realidad por sí mismo. Consiguientemente, el terapeuta renuncia a formular cualquier juicio de valor, limitándose a proferir la consabida pregunta: ¿Realmente es esto lo que quieres? Y la responsabilidad queda en manos del individuo que resuelve sus conflictos a su antojo y elección.

De esta forma, las profesiones terapéuticas, al prescindir de los usos sociales, *mores* y creencias como definidores de la conducta normal, alumbran el tipo radical de individualismo que caracteriza a la postmodernidad. Es más, las normas sociales quedan caracterizadas como neuróticas y destructivas según la bien conocida tesis freudiana de *El Malestar en la Cultura* y, por tanto, hay que “desaprender” y “deconstruir” todo el legado de un pasado que “aún se recuerda” y rechazarlo por represivo y conformista. La vida del individuo, lejos de estar sometida a la imposición coactiva de los hechos sociales, como diría Durkheim, se convierte en un territorio sagrado donde nada ni nadie tienen derecho a interferir. Quedan atrás los viejos dictados de la sociedad tradicional donde la identidad social y la lealtad al grupo son anteriores a la identidad individual y del todo necesarias para sobrevivir. En la sociedad postindustrial, sociedad artificial y virtual, las conductas tildadas antes de escandalosas, egoístas y antisociales, reciben las bendiciones del gran dogma individualista, empeñado en cuestionar las formas socialmente ritualizadas de ser, sentir y pensar. Desvinculado de cualquier referente normativo, el individuo depende de sí mismo para construir nuevos significados y darle

sentido a la vida. Así el individualismo se convierte en un requisito imprescindible de salud en esta sociedad postmoderna en que el actor social vive a la intemperie.

Esta radical mutación antropológica de los estilos de vida, esta revolución silente que se conoce como cultura narcisista, no pretende ser brusca o violenta ni está liderada por líderes carismáticos, sino que está siendo una auténtica construcción de la realidad social, una reconstrucción de la sociedad en torno a los deseos, necesidades y opciones de los

4.

individuos. Los líderes de este impulso individualista que anuncia el reino del *Homo psychologicus* son jóvenes adultos, adolescentes y aún niños. Ellos han abierto la caja de Pandora y, nos guste o no, la caja está abierta y nadie va a cerrarla. El hecho de que un gran número de individuos haya experimentado una gratificación real e inmediata de sus impulsos narcisistas hará que no haya vuelta atrás. Por primera vez en la historia de la humanidad, el universo imaginario de la generación adolescente está siendo más poderoso que la cosmovisión de las generaciones adultas. El narcisismo infantil está suplantando al viejo sistema de la gratificación diferida, del ahorro y de la ética del trabajo. Y habrá que concluir que este narcisismo infantil no representa un mero relevo generacional sin solución de continuidad en el curso histórico de nuestra sociedad, sino que se dibuja como una fuerza consciente y poderosa que ha de alumbrar nuevas formas de conducta social, en definitiva, una mutación antropológica de los estilos de vida.

A Vueltas con el Narcisismo Freudiano

La revolución narcisista pasa por la enmienda del diccionario que define al narcisista en sentido derogatorio como alguien enamorado de sí mismo y, por tanto, incapaz de tener una relación normal con la gente. Al hablar de narcisismo freudiano, se impone la distinción entre fantasía y realidad. La fantasía evoca el reino de lo irreal y agradable mientras la realidad es ese algo inevitable y desagradable que se impone desde fuera del sujeto y le obliga a diferir las gratificaciones del deseo, proyectando así la libido hacia formas de conducta aprobadas socialmente. Así pues, el narcisismo infantil pertenece a la fantasía, no es realista y mucho menos útil para manejar la realidad externa. Por tanto, debe ser reprimido y reemplazado por un ego orientado a los otros y a la realidad exterior.

De todos modos, parece ser que Freud a lo largo de su vida mantuvo posiciones distintas respecto a los términos de narcisismo, ego y gratificación diferida. En sus primeros escritos, Freud dice que el niño experimenta una invasión de realidad externa frente a la cual no tiene más remedio que o reprimir su narcisismo (es decir, su ego orientado por el placer) o bien reemplazarlo por un ego orientado por la realidad. La vida es dura y el narcisismo sería un escape de esa cruel realidad. Por tanto, la salud, la normalidad no sería otra cosa que esa desgraciada condición de un narcisismo reprimido, reemplazado por los resultados de un trabajo duro, abnegación y amor a los demás. Sin

embargo, en sus últimos escritos, Freud dice que el niño adopta la realidad externa como una extensión de su ego narcisista y trata de que la realidad sea un fenómeno gratificante y placentero. Según esta última versión, si el niño experimenta la realidad exterior como represiva y hostil, vuelca toda su libido hacia sí mismo, dando lugar a un narcisismo secundario que no es otra cosa que puro egoísmo. Pero si el niño es capaz de gratificar su ego con un nivel suficiente de gratificación, entonces su narcisismo y la realidad exterior convergen como extensión el uno de la otra. Así es como el niño sano participaría en la

5.

elaboración de una realidad a la medida de sus deseos. A este narcisismo se le conoce como primario.

Este narcisismo primario ya no sería una huida egoísta de la realidad, sino afirmación del Yo orientado hacia el placer y el autodesarrollo con capacidad para definir y moldear la realidad exterior. Y así resulta que este narcisismo reprimido durante milenios es la fuerza humana real que puede dar nuevo sentido al mundo exterior. Es el mismo narcisismo al que se refiere Marcuse en *Eros y Civilización*, no ya como un síntoma neurótico (en cuanto reprimido), sino como un elemento constitutivo de la construcción de la realidad social. No se trata, pues, de una rebelión juvenil pasajera que desafía el mundo de los adultos, sino de una nueva fuerza que con sus valores, ideas y creencias configura los nuevos estilos de vida, las nuevas actitudes ante el sexo, la droga, el erotismo, las nuevas formas de vestir, hablar, danzar y cantar e influye en las instituciones de educación y gobierno. Una nueva fuerza que desafía y cambia la realidad en que los adultos han vivido por siglos.

Hijo de Sociedades Opulentas, Permisivas e Informativas

El narcisismo tiene su caldo de cultivo en la relativa opulencia de la sociedad capitalista. En un mundo de privaciones, no hay narcisismo. Por eso, es certero el sentir popular cuando, proponiendo un remedio drástico al hedonismo, evoca el hambre de la post-guerra española, y los más bárbaros van aún más lejos: “Esto se arreglaba con una guerra”. Lo cierto es que el materialismo rampante de la sociedad opulenta corresponde paradójicamente al solipsismo subjetivista del *homo psychologicus*, obsesionado por descubrir los pliegues de una conciencia ensimismada y vacía de cualquier referencia de alteridad. Apenas el *homo economicus* ha alcanzado la cima del desarrollo, cuando se produce el relevo generacional del desarrollo psicológico. Tan pronto como la información sustituye a la producción, el masivo consumo de conciencia se convierte en el nuevo imperativo. Yoga, expresión corporal, bio-energía, zen, dinámica de grupos, meditación trascendental son sólo unas pocas formas de invertir en el desarrollo del Yo, convertido así en ombligo del mundo. Todo ello demuestra que esta oleada de cultura narcisista no es resultado de ninguna alienación de conciencia o desencanto de expectativas económicas, sino simple derivación de una lógica hedonista e individualista, así como de una lógica terapéutica mencionada anteriormente.

Todo niño nace narcisista total. Pero hay dos modos de experimentar esta vivencia: o como un dioscecillo, si es que pertenece a la sociedad opulenta, a cuya demandas se pone el mundo a sus pies; o como un desgraciado, si pertenece al umbral de la pobreza, condenado a la frustración y a la rabia. El primero crece con harta confianza y, cuando su madre desaparece de la escena y sus gritos mágicos no surten el efecto esperado de cambiar la realidad, su narcisismo se viene abajo y se rompe. Así se explican las

6.

fluctuaciones de omnipotencia (el mundo gira a su capricho) y de impotencia (se siente víctima de una realidad despiadada) que todo narcisista vivencia a lo largo de su vida. En cambio, el narcisista reprimido, hijo de la escasez o de una cultura tradicional sin fisuras, piensa que no podría vivir sin el grupo que previamente ha definido la realidad por él y que le proporciona alguna satisfacción vicaria a través de los éxitos de sus líderes. Y los altibajos de su ego dependen de la aprobación o rechazo de sus jefes o superiores. Su autoestima, en definitiva, es función de la consideración que otros le dispensan.

La generación narcisista es hija del Dr. Spock. El escribió el evangelio de la permisividad, libro de mesilla de noche de tantos hombres y mujeres que hoy están a punto de ser abuelos. Este es un muestrario de algunos de sus máximas pedagógicas: los niños nacen con el deseo de experimentar la realidad y moldearla; no se debe interferir su crianza con sabidurías convencionales, que vienen del pasado; dejad a los niños que descubran la realidad por ellos mismos. Lo que el Dr. Spock no previó fue que, al cabo de treinta años, la crianza narcisista de nuestro hijos les llevaría inexorablemente a una confrontación con los usos vigentes. Criados en el marco de una niñez opulenta, los jóvenes narcisistas descubren que la realidad no es todo lo placentera que cabría esperar y se convierten en una horda de aristócratas cabreados, que rechazan nuestras normas, desprecian nuestra autoridad e ignoran nuestros consejos.

El esfuerzo ya no se lleva. Este es el slogan de la nueva ética permisiva y hedonista. Lipovetsky habla de la *desubstancialización* del Yo, enorme vocablo para referirse a su descuaje. Despojado de cualquier referencia normativa o convicción profunda, al Yo le falta cuajo, sustancia y solidez, y se volatiza atraído por multitud de estímulos dispersos. Ha entrado en ese estadio que Nietzsche llamó de “voluntad débil”, incapaz de un esfuerzo continuado, incapaz de concentración. Los profesores son testigos de cómo se ha acortado el umbral de aguante o atención del estudiante. Las clases no debieran durar más allá del tiempo televisivo que va entre dos *spots* publicitarios o, en caso de que duraran más, deberían estar salpicadas de una publicidad relajante y desentumecedora. Sin duda, este estadio de “voluntad débil” está a años luz de aquellos grandes relatos o grandes empresas por las que merecía la pena vivir. Entre nosotros, tres semanas de sacrificio es ya un record para conseguir la gloria: véase Operación Triunfo y Gran Hermano. El viejo lema de *per aspera ad astra*, que podría servir de mote en el logotipo de cualquier universidad clásica, debe ser cambiado por otro que rece: *todo y ahora mismo*. O puesto

en jerga de salsa caribeña: “*gosad, hermanos, gosad, vamos a gosar*”. Si alguien se siente alarmado porque este debilitamiento de voluntad propicie una humanidad sumisa y alienada y, por tanto, la hipotética aparición de cualquier totalitarismo, no tenga cuidado. Narciso, armado con sus auriculares, ha de prestar oídos sordos a los reclamos de una religiosidad militante o de grandes proyectos faraónicos o paranoicos, que para el caso es lo mismo. Los clarines de la revolución, convocando a la movilización de masas, enmudecen ante el acento intimista y callado de la personalización del *homo psychologicus*.

7.

Finalmente, debe reconocerse que el narcisismo mantiene estrechos vínculos con las nuevas tecnologías de la información, sin dejar de lado los medios audiovisuales que las han precedido, como es el caso de la TV. Mientras los adultos se acercan a las nuevas técnicas de comunicación interactivas, como una extensión de formas previas, por ejemplo, el libro, los jóvenes mantienen con estas técnicas una relación de inmediatez sin intermediario alguno. Para ellos las nuevas tecnologías son un ventanal que se les abre al mundo. Con un mando o teclado que permite cambiar la realidad a capricho, ellos se sienten coautores de esa realidad virtual, sin adivinar que hay alguien que mueve los hilos tras la escena. A diferencia de las películas, que son un producto terminado, las nuevas técnicas interactivas son como una prolongación de su ego que prolonga su cuerpo hasta abarcar el mundo. La TV, en concreto, ha funcionado como el canguro idóneo de las generación narcisista, reforzando, sin controles ni presiones del mundo exterior, una parte sustancial de la vida del niño narcisista. Su ego narcisista queda reforzado en el juego interactivo con las nuevas tecnologías, desarrollando así un gran potencial a la hora de controlar la realidad exterior y evitar el conflicto con sus demandas inescapables.

Cierto que el impacto de la TV sobre el niño que vive en precario no es tan positivo. El niño pobre sufre un shock cuando descubre que el mundo de ahí fuera no es el de la TV. Fraude y frustración que no experimenta el niño rico, al menos, mientras pueda obtener gran parte del abigarrado surtido que ofrece la TV. Pero todos por igual, ricos y pobres, criados a los pechos de la tele, experimentan el gran shock de su vida cuando descubren que en ese país mágico de realidad virtual hay alguien que quiere manipular sus deseos, controlar sus opciones y orientar sus placeres. Entonces se lanzan a la calle para protestar contra la pobreza, el racismo, la guerra o la globalización. Y es que no se puede criar toda una generación convencida de que el mundo es suyo y luego esperar de ellos que acepten el hecho de que son otros los que lo manejan, poseen y controlan. ¿Quién ha de responder de este engaño causante de una conducta agresiva y autodestructiva? Porque desde un pasado narcisista y gratificante, es difícil entender la injusticia estructural del mundo, y esta herida emocional del joven narcisista no puede compartirse con el mundo de los adultos que han aprendido desde pequeños a tragarse los carros y carretas del mundo real.

Dirigidos por la Autoseducción del Propio Deseo

La expresión es del mismo Lipovetsky y nos remite a esa mirada ensimismada al propio ombligo que se erige en conductor de la conducta del individuo postmoderno. Cuando David Riesman, en *La Muchedumbre Solitaria*, trató de tipificar los caracteres sociales derivados de las fluctuaciones demográficas, habló de los individuos dirigidos por la tradición, de los individuos dirigidos desde dentro, tipo giroscopio, esto es, desde los códigos morales interiorizados a través del proceso de socialización y, finalmente, de

8.

aquellos individuos dirigidos por los otros, tipo rádar. Este tipo de carácter social, conocido como personalidad extro-determinada representaba la personalidad de la sociedad postindustrial de consumo de masas y se caracterizaba por una inclinación compulsiva a plegarse a las expectativas de los otros. Pues bien, con el advenimiento de esta mutación antropológica que es el narcisismo, la extro-determinación, con su necesidad de aprobación de los demás y su comportamiento dirigido por el Otro, da paso al fenómeno del solipsismo individualista que tiende a reducir la dependencia del Yo frente a los otros. Esto es lo que constata Sennett cuando afirma que las sociedades occidentales están pasando de un tipo de sociedad más o menos dirigida por los otros a otro tipo de sociedad dirigido desde un interior solipsista, esto es, desde la autoseducción del propio deseo. Quiere ello decir que ya no se llevan los tipos gregarios de conducta y que cada individuo debe construir su propio mundo interior y singular, rompiendo así con la estandarización impuesta de los primeros tiempos de la sociedad de consumo. Dos consecuencias se derivan de este proceso radical de interiorización: la disolución o ablandamiento de la estructura rígida del Yo y la liberación o independencia de la influencia coactiva del Otro. Y es así como el narcisismo asume el papel soberano de dirigir el proceso de personalización.

Llegamos así a dos de los resultados más serios inducidos por esta mutación antropológica del narcisismo: la progresiva disolución de las identidades, en cuanto construcciones especulares de las expectativas del Otro, y la erosión de los papeles públicos, como los llama Sennett. En la sociedad industrial, las identidades y roles constituían la trama sobre la cual se articulaba el sistema social. Ser hombre o mujer, niño o adulto, loco o cuerdo y funcionar como tales eran categorías sociales de obligado cumplimiento, como diría Durkheim, independientemente de ese núcleo interno de libertad de que el actor social disponía para plegarse o rebelarse. Hoy día, en la sociedad postmoderna, todas estas identidades están sometidas a un proceso de desgaste y cuestionamiento. No entramos a discutir aquí si esta situación de incertidumbre ha sido ocasionada exclusivamente por el impulso hedonista del narcisismo o si el impulso hacia la igualdad y nivelación de las formas sociales propia del proceso democrático es en gran parte responsable de esta erosión de los roles sociales. Lo cierto es que tanto la aprehensión de la identidad subjetiva como la aprehensión de la alteridad han quedado

seriamente alteradas en el sentido de una progresiva ambigüedad y vaciamiento, dando lugar al reino del *homo psychologicus* con su cultura psicofórmica y su obsesión del Yo.

En esta sociedad intimista, obsesionada por la búsqueda compulsiva de autenticidad y revelación íntima del Yo, las convenciones sociales resultan represivas, la autenticidad y la sinceridad se convierten en virtudes cardinales y el actor social se encuentra cada vez más incapacitado para el juego o desempeño de los papeles sociales. El narcisista no distingue entre su sentir íntimo y su hacer social, confunde la autenticidad con la

9.

conducta social y va por el mundo impregnando las relaciones sociales de una intimidad que puede ser obscena y destructiva. Las relaciones sociales, valga la tautología, son sociales, no íntimas. Cada actor social porta una máscara, una etiqueta que le permite salvaguardar su intimidad y respetar la vida privada del prójimo. Así es como puede abordar a cualquier interlocutor social sin invadir su privacidad y respetando las leyes de la sociabilidad. Despojarse de esa careta, como hace el narcisista, significa entrar en un espacio de interacción intimista que puede resultar tiránico, imprevisible e incivil. Los roles sociales son la salvaguarda del civismo y de la sociabilidad. Una cierta distancia social es el requisito imprescindible para que la interacción social resulte fluida y eficaz.. Por eso, la disolución de esos roles públicos por parte del narcisista, resulta en un rechazo de las relaciones impersonales con los “desconocidos”, en una considerable disminución del sentimiento de pertenencia a instituciones basadas no en el sentimiento sino en intereses sociales, y en un considerable aumento de fraternidades que resaltan exageradamente los criterios de exclusión más que los criterios de participación. En definitiva, el narcisista se nos presenta en el gran teatro del mundo, no como un actor social atrofiado o carente de máscara, sino como un actor que, después de lanzar por la borda la careta de los roles convencionales, declama un guión de su propia inventiva que resulta ininteligible al mismo autor de la obra. El teatro social se vuelve así teatro del absurdo.

Idolatría Codificada del Cuerpo

El alma ha dejado de existir en el horizonte vital de la generación narcisista. No existe ni como hipótesis de trabajo. La dicotomía alma-cuerpo, propia de algunos grandes relatos, se ha esfumado ante el empuje de la personalización narcisista. Se ha alumbrado un nuevo imaginario que comporta, como decíamos antes, no sólo unos nuevos roles sociales sino nuevos valores y nuevos significados que suponen, a su vez, una profunda mutación antropológica en la representación social del cuerpo. Pero se trata ahora de un cuerpo nuevo, transfigurado, que va perdiendo, como dice Lipovetsky, su condición de alteridad física y muda, de *res extensa*, para convertirse en parte indisoluble del sujeto que nos identifica como persona. El cuerpo deja de ser ese soporte instrumental que responde a los dictados del espíritu, y se constituye en nuestra más profunda identidad de la que nadie se debe avergonzar sino exhibirla en plazas, playas y mercados televisivos.

Un cuerpo, que transmutado en persona, adquiere el rango de verdadero objeto de culto. Buena prueba de ello es la obsesión por la salud, por la línea, por la higiene, los controles médicos, los rituales de mantenimiento como el gimnasio, sauna y masajes, la devoción al sol entendida como culto solar y terapéutico, los complejos vitamínicos y todo tipo de régimen dietético. Todo ello demuestra que para la generación narcisista el cuerpo es el eje central de su revolución silenciosa, por supuesto sexual, pero también estética, dietética y sanitaria.

10.

Esta idolatría del cuerpo es una idolatría codificada. Quiere ello decir que este proceso de liberación del cuerpo se hace de acuerdo a ciertos imperativos sociales como son la línea, estar en forma, el *sex appeal* o una capacidad infinita de orgasmos. Para ello, el narcisista se esfuerza (y habíamos dicho que el esfuerzo no entra en su decálogo) en aplicarse una ascesis de vaciado por la cual se despoja de los viejos tabúes y convenciones arcaicas que hipotecan el placer de vivir y gozar a tope. Por otro lado, se esfuerza (y ya van dos esfuerzos) en una ascesis de saturación y llenado, por la cual el cuerpo interioriza esas llamadas de atención que nos hacen los medios: cuídate, gústate, gózalo. Qué duda cabe que un cuerpo en forma exige serios sacrificios (especialmente cuando se han cumplido los cincuenta) hasta que aparece el anuncio televisivo de esa mujer en bragas que nos demuestra que se puede tener una buena figura mientras nos hinchamos a galletas... eso sí, con mucha fibra y por puro placer.

Pero al final los narcisistas también se mueren o, al menos, un día se enteran de que han de morir. Todo el gozo en un pozo. Ante esa obsesión puntillosa por la belleza, el *sex appeal* y el encanto, la perspectiva no ya de la muerte sino de la vejez se vuelve intolerable. El narcisista, despojado de cualquier referencia exterior trascendente, vive una vida de radical subjetividad, sin sentido ni finalidad, sostenido únicamente por el deseo de su propia autoseducción. Y encara con hondo desasosiego (¿y quién no?) su condición mortal, desprovisto de cualquier apoyo trascendente ya sea político, moral o religioso. Y lo que más le fastidia no es la idea del dolor sino la falta de sentido del dolor, que diría Nietzsche. Le ocurre como a aquella pobre mujer que lloraba desconsoladamente por una taza de té que se le había roto. Una vecina le consolaba diciéndole que peor hubiera sido la muerte irreparable de un familiar. A lo que la mujer respondía desconsolada: ¡Si, pero para eso tengo el consuelo de la religión! El narcisista tampoco tienen consuelo. Eso sí, procura olvidar y no fallar a la cita con el gimnasio. Hay que permanecer joven como sea y no envejecer. Observar detalladamente la fecha de caducidad de los alimentos no sea que éstos adelanten la propia. Es una carrera contra el tiempo, una carrera perdida desde el mismo punto de salida.

El Valor de la Inocencia Sexual

Para un narcisista el sexo es un área sagrada en la que no pueden interferir ni los valores ni los tabúes de las convenciones sociales. Es un mundo personal al que la sociedad no tiene acceso. A veces, los adultos malinterpretan esta postura narcisista, tildando a sus seguidores de obsesos sexuales, adictos sin remedio, y tratando de demostrar que el sexo prematrimonial elimina el atractivo del matrimonio como fuente de placer sexual. Pero no necesariamente tiene que ser así. Para la generación narcisista, el sexo es una dimensión vital del ser humano, que comporta una experiencia liberadora sin relación alguna con el matrimonio ni los hijos. Una experiencia resultado de la libre elección entre personas que consienten y no tanto un impulso biológico ciego. Esta

11.

progresiva racionalización del sexo hace que su práctica haya pasado del asiento trasero del coche al apartamento del amigo o amiga. Al mismo tiempo, este uso no instintivo del sexo, lejos de disuadir al narcisista respecto a cualquier proyecto matrimonial, le confiere una madurez para encarar el matrimonio mayor tal vez que la de algunos adultos que fueron al matrimonio lastrados por un sentimiento de culpa o por los tabúes. Mejor casarse que quemarse, se decía.

La sexualidad narcisista se postula como abierta y confiada en el sentido que no tiende a establecer relaciones egoístas ni posesivas. Recuérdese el caso de la muchacha roquera que salió escopeteada cuando su pareja le dijo que era capaz de amarle sólo a ella. Aunque nunca sabremos si la joven huyó de las relaciones posesivas o huyó del sentimiento como quien huye de la muerte. En el nuevo imaginario narcisista, sentimiento y muerte han quedado desfasados. Lo que se lleva es un fuerte desapego emocional que impida un compromiso profundo y permita el desarrollo del propio solipsismo en un régimen de vida solitaria como hace un alto porcentaje de jóvenes en las sociedades postindustriales. Este desapego emocional es fruto, como hemos visto, de un nuevo concepto de alteridad. Narciso en su viaje interior ha desdibujado la presencia o referencia del Otro. Sencillamente pasa. No le resulta hostil ni seductor. Tal vez indiferente. Por eso la separación entre sentimiento y sexo, contenida en el *cool sex*, está motivada por la condena de los celos y de las relaciones posesivas, unas emociones que conviene enfriar para que no amenacen el equilibrio del laberinto interior narcisista. Tal vez, por este desapego emotivo, en una relación narcisista abierta, ni el matrimonio ni la familia impiden tener compromisos afectivos con otras personas. Esto suena a monogamia sincrónica (una sola pareja cada vez) y a poligamia diacrónica (varios emparejamientos a lo largo de la vida). Y es que según el decálogo narcisista, dos siguen juntos mientras ellos quieran. Esto nos recuerda que las experiencias amorosas de los narcisistas son muy diferentes de las experiencias de los no narcisistas, muy orientadas por el principio de la gratificación diferida, el lastre de la culpa, la represión del placer y los sentimientos de agresión, posesión, dudas y celos.

En resumidas cuentas, que el sexo narcisista es, ante todo, fuente de placer. La motivación sexual de la mujer ya no es el matrimonio, los hijos o la seguridad. Si esto fuera así, en un periodo razonable debería observarse una reducción notable de las casas de prostitución. En segundo lugar, los métodos anticonceptivos han convertido el sexo en un asunto de elección. La píldora no lleva compulsivamente a la promiscuidad sino a un espacio de mayor libertad. Y, finalmente, la sexualidad no debe verse como sexualidad genital necesariamente. El erotismo de la música, danza, vestido, lejos de ser el umbral del sexo, en ocasiones conduce a su aplazamiento. Total, que el cuerpo liberado de los viejos tabúes, existe sólo para el placer, la experimentación y la creatividad. El exhibicionismo, el erotismo difuso, las relaciones prematrimoniales y extramatrimoniales han sacudido violentamente los valores religiosos, las prácticas sociales y muchas de las

12.

creencias tenidas como indiscutibles. En esto consiste precisamente la revolución silenciosa del narcisismo.

Una Revolución Silenciosa y sin Líderes

Ante la invasión de esta revolución silenciosa, el mundo de los adultos dispara sus señales de alarma. Los más lúcidos advierten que, tras una fachada de tolerancia, la sociedad encubre poderosas corrientes de conflicto que enfrentan a todos contra todos: los conflictos raciales de sociedades cada día más multiétnicas, los conflictos generacionales donde el pasotismo narcisista pone en solfa los postulados indiscutibles de un sistema político jerárquico y ritualista, la guerra de los sexos donde la mujer es presentada como una buscadora insaciable de orgasmos que ridiculiza la virilidad del hombre al tiempo que le odia por considerarle fuente de su represión y frustraciones. Se diría que la guerra de clases ha dado paso a una guerra difusa de todos contra todos, que invade los ámbitos domésticos de la privacidad y tensa las relaciones personales hasta un punto insufrible. De ahí el éxito de las terapias conocidas como *asertivas* que tratan de aliviar los niveles de ansiedad e inducir en el individuo estrategias de autoafirmación frente a unas relaciones intimidatorias. Se diría que el amor propio nos devuelve otra vez a aquel estado de naturaleza contemplado por Hobbes donde la explotación cínica de los sentimientos y el cálculo egoísta son las reglas del juego.

Sin embargo, esta visión un tanto apocalíptica puede resultar simplista. Cierto que el narcisismo es una revolución que atenta contra los pilares de la sociedad convencional. Es un plante pasota frente a la hipocresía de un sistema político representativo que no los representa, un sistema democrático que no ofrece vías de participación. El slogan de “no creas a nadie que pase de los treinta” refleja fielmente este abandono de las instituciones políticas. El narcisista se resiste a los reclamos del liderazgo político. Y en temas de guerras, drogas y moralidad, antes que dejarse guiar por el dictado de las autoridades reconocidas, sean políticos, clérigos o maestros, busca la inspiración en los mensajes de la música roquera. La revolución narcisista es una revolución sin líderes, una revolución

cuya aspiración máxima es la de pasar y gozar de la suficiente libertad como para poner en práctica una conducta alternativa. No es una revolución de jóvenes radicales socialistas, sino una revolución difusa y, por tanto, universal que alcanza por igual los hogares conservadores, racistas o liberales. Cuando los narcisistas se echan a la calle no tratan sino de celebrarse a ellos mismo y legitimarse como seres humanos con emociones. No buscan el poder, sólo buscan incordiar a la generación de adultos y hacerlos ver que lo que le pasa al mundo... son ellos mismos! Nunca pretenden ser una fuerza política alternativa. Son radicales porque no caben en el sistema político cerrado en que han crecido, sino a costa de alterarlo profundamente. Pero son revolucionarios porque quieren

13.

cambiar el sistema de valores que gobierna la sociedad actual.

La revolución narcisista actúa sin violencia en un mundo donde la violencia está presente por doquier. El individuo conformista, “ajustado”, según una vieja etiqueta, es un individuo reprimido, socializado en un mundo de valores y usos sociales que le definen los límites de su realidad. Cuando encuentra agresión responde con la agresión. Su agresión puede ser “normalizada” por la sociedad o puede ser proyectada hacia el trabajo duro, el deber profesional o la disciplina. Sin embargo, el individuo narcisista no ha pasado por este proceso de socialización. La realidad se acomoda a sus deseos y necesidades, y cuando se encuentra con la agresión, se confunde, se asusta y, finalmente, claro está, se enciende. No la tolera, especialmente cuando descubre que alguien manipula la realidad por él. Pero hay algo más. Si el narcisismo es un nuevo estadio de individualismo que inaugura una estructura psíquica inédita, se habrá de convenir que la relación con el Otro también es inédita. Y que no conduce necesariamente a una confrontación violenta. El desdibujamiento de la alteridad, mencionada arriba, conlleva una distensión de la jungla humana porque el Otro, despojado de todo relieve, ya no es hostil ni competitivo, sino indiferente, *desubstancializado*, que diría Lipovetsky.

El *homo psychologicus* abandona, pues, la carrera de ratas que es la sociedad dirigida por el logro económico y en lugar de sobresalir por encima y a costa de los demás, se recluye en círculos cálidos de convivencia con un entorno más distendido y comunicativo. Se diría que el deseo de reconocimiento social ha sido desplazado por la lógica narcisista sustituyendo las viejas pautas de competitividad depredadora por otras más estéticas, eróticas e intimistas. Curiosamente, la mujer narcisista (y no debería olvidarse la complicidad existente entre los jóvenes hijos narcisistas y las mujeres madres en esa lucha larvada frente al régimen patriarcal del varón “ajustado”) interpreta su feminismo no ya como una guerra de sexos sino como el fin del mundo del sexo y sus papeles rigurosamente codificados. Se generarían así identidades personales profundamente ambiguas y andróginas donde hombres y mujeres participarían por igual de ese mecanismo director de la autoseducción narcisista. Este nuevo feminismo dejaría

de ser una máquina de guerra para convertirse en una máquina descodificadora de los viejos papeles asignados al sexo.

En resumidas cuentas, el narcisismo actúa sin violencia aunque, ciertamente, provoca la violencia de aquellos adultos que, reprimidos y cabreados, tratan de frenar la oleada narcisista como quien trata de tapar el sol con la mano. Frente al descaro (esto es, abandono de caretas) narcisista, muchos adultos sienten miedo y ansiedad, temen una vuelta a la barbarie. Por eso, reaccionan con rabia e imponen su “orden y mando” mientras la brecha generacional se abre peligrosamente. Y si un día la violencia se desatara, tal vez le cabría mayor responsabilidad a la sociedad convencional que a esta generación pasota y ensimismada.

14.

Drogas y Música: Rituales del Narcisismo

Antes de nada, debe decirse que las drogas están presentes en nuestra vida diaria. Toda cultura dispone de medios, reconocidos institucionalmente, para alcanzar estados alterados de conciencia, y no son una excepción los puritanos o los místicos con su moral de ascesis y abstinencia. Podría decirse que el uso de la droga está en función del entorno cultural. Así un individuo socializado convencionalmente considera aceptables unas drogas y otras no. Cuando los telepredicadores de la TV norteamericana proclaman a la juventud que “*Jesús is a better trip than LSD*” (Jesús es una droga mejor que el LSD) pueden significar que es aconsejable reemplazar las drogas con la religión o bien que la religión misma actúa como una droga. Y para constatar este aserto, no hay que remontarse a los escritos de Marx.

Pero una vez dicho todo esto, hay que hacer constar que el joven narcisista de la sociedad opulenta contempla esta comunión con la química como un ritual iniciático que le constituye propiamente en su condición de narcisista. Ya quedó dicho que el principal rasgo del narcisismo era la no diferenciación del Yo respecto al mundo. Pues bien, la droga es un instrumento eficaz para alcanzar esta fusión de realidades. Los viajes psicodélicos tan pronto elevan al joven hasta confundirlo con Dios o el universo, o le hacen bajar hasta ser engullido por el vientre oceánico de la tierra. En cualquiera de los dos casos, las drogas confirman al narcisista como el centro del universo. Por otro lado, uno de los rasgos de la cultura juvenil es esa curiosidad por probarlo todo por aquello de la propia autoafirmación. Ponen en práctica el consejo cínico: “haz con la riqueza lo que tus padres no se atreven a hacer”. Así la droga se convierte en una forma de ritualizar los nuevos estilos de vida y las pautas de conducta que dan placer a la vida. Mediante su consumo, el narcisista piensa engañosamente que el mundo sigue disponible a su antojo y que la sociedad debe seguir siendo permisiva para la experimentación discrecional de su cuerpo y mente. Y piensa ingenuamente, para sus adentros, que cualquier otra cosa sería fascismo puro y duro.

La música roquera es un coto inaccesible a los adultos. Hay ritmos que se acercan más a las danzas tribales de pueblos primitivos que al baile convencional de Occidente. Los mismos giros de pelvis, clara simulación copulatoria, pueden interpretarse como ritos de fertilidad antes que como fases previas a las relaciones sexuales. La gente adulta, incapaces de practicar tales giros de pelvis, quedan estigmatizados con el síndrome de reprimidos sexuales. Pero es el ritmo de los tambores y batería el que representa la cima del ritual tribal. Un instrumento nada intelectual, con percusión rítmica y asincopada, el tambor expresa emociones corporales que no hay forma de expresar de forma intelectual y verbal. Los adultos, acostumbrados como están a servirse de la música como un fondo del discurso racional, no alcanzan a entender los nuevos ritmos. Y es que el adulto, como

15.

buen narcisista reprimido, se aparta de la realidad para dominarla intelectualmente, fragmenta la realidad en partes y a cada parte le aplica el pensamiento o la emoción. En cambio, el narcisista busca una unidad orgánica del mundo. Toda la realidad queda compendiada en la expresión corporal de las emociones.

A Modo de Cierre

Hasta la fecha, ninguna civilización industrial había dado origen a una generación de jóvenes orientados a percibir la realidad desde un punto de vista narcisista. Los valores, las pautas de conducta pasaban de una generación a otra sin problemas. A pesar de las grandes innovaciones ocurridas en los últimos cien años, el relevo generacional se producía sin grandes cambios en el imaginario colectivo. El peso de la tradición era tan evidente que los miembros de cada nueva generación podían sentirse como “enanos a hombros de gigantes”. Así, se pasó de lo rural a lo urbano, de la agricultura a la industria, de la clase baja a la clase media sin experimentar grandes traumas. Pero en el último cuarto de siglo, el cambio ha sido profundo y a un ritmo exponencial tanto en tecnología como en economía y, por tanto, en los valores y estilos de vida. El narcisismo primario del que habló Freud ha crecido sin coto ni medida, y la joven generación ha adoptado una visión narcisista del mundo que está en abierto contraste con la cosmovisión occidental, digamos, de los últimos doscientos años.

Nuestra civilización postindustrial se compone hoy de dos clases que, aunque han perdido su riguroso sentido marxista, no dejan de guardar connotaciones económicas: por un lado, la juventud; por otro, la clase dirigente profesional que, al vivir más, no facilita una suave transición en el reemplazo de la toma de decisiones. Estas dos clases forman dos culturas: la profesional que defiende las prioridades convencionales de la vieja ascesis intramundana, que diría Sombart, como son la ética del trabajo, el ahorro, la competitividad, la búsqueda insaciable del éxito económico; y la cultura narcisista que recrea estilos de vida y valores en abierto contraste con la generación adulta que lleva las riendas del poder. Se abre, así, una brecha generacional y cultural y no es de esperar que

los jóvenes se asimilen prontamente al mundo que reciben de la generación adulta. Nada garantiza que el relevo generacional se haya de realizar sin conflictos.

Decía Ortega que lo esencial de este relevo generacional no es que una generación suceda a otra, sino que ambas conviven, se solapan, porque son contemporáneas, aunque no coetáneas. Siempre hay dos generaciones que tienen puestas las manos en la realidad histórica al mismo tiempo pero con distinta edad y, por tanto, con distinto sentido y en pelea formal o larvada. Desde una lógica prospectiva y un análisis de la situación actual, los problemas derivados de esta confrontación generacional son los siguientes. La instalación de la sociedad en una crisis permanente en el campo de las prioridades y sentido profundo, debido a la confusión de valores y al cuestionamiento de las verdades

16.

tenidas por indiscutibles y que han pasado ahora a ocupar un modesto papel de alternativas. Por otro lado, el control social de la conducta narcisista mediante los clásicos mecanismos socializadores de la educación, la política, la economía resulta ser bastante insuficiente. Por lo tanto, descartada cualquier intervención de fuerza mayor, se observa una creciente aceptación social de lo que hasta el momento eran conductas etiquetadas como desviadas o antisociales. Lo que simplemente significa mayores márgenes de libertad, individualismo y autonomía si no se quiere alienar a la juventud. En este sistema social ambiguo y maleable, se establecerá el reino de la experimentación total, dando lugar a una variedad de estilos de vida que no tiene por qué amenazar el orden social, especialmente, si el orden jurídico legal se apresta a refrendar con sus códigos civiles y penales lo previamente establecido como social, cultural o políticamente correcto. Quiere ello decir que los gobiernos gobernarían por mecanismos de retroalimentación, siempre dispuestos no tanto a dirigir el sentido del tráfico social según pautas preestablecidas, sino a atender las demandas de su electorado.

Puestos ya en esta vena prospectiva, uno se pregunta si será posible que los narcisistas lleguen a ser adultos normales sin abandonar su alto grado de narcisismo. Todo depende de la habilidad del mundo adulto para vérselas con los efectos del narcisismo sobre los distintos órdenes institucionales. Una economía de escasez con tecnología limitada y moral tradicional impidió hasta ahora la existencia del narcisismo con su cortejo de estilos de vida. Recuérdese cómo sólo los artistas o cómicos tenían permitido disfrutar de una moral diferente y, en ese sentido, algo tenían de narcisistas no reprimidos. Pero hoy los jóvenes son un laboratorio de experimentación donde los nuevos estilos, debidamente contrastados, patentados y etiquetados, se entregan al consumo de las instituciones educativas, políticas y económicas. Y es que la visión narcisista de la vida, que enseña que el individuo es autónomo, dirigido únicamente por la autosedución de su propio deseo, se ha convertido en un reclamo contagioso e irresistible. Este contagio irresistible es la prueba de que el narcisismo no es una moda pasajera juvenil, en un tiempo de incertidumbre y cambio sino una profunda mutación antropológica que ha venido para quedarse y que anuncia la futura condición humana, tal vez, una nueva utopía.

Secundino Valladares
6 de Abril de 2002

17.

Bibliografía consultada para la elaboración de este artículo

- BELLAH, ROBERT et Alii 1989 Hábitos del Corazón, Alianza, Madrid
FREUD, SIGMUND 1986 El Malestar en la Cultura, Alianza, Madrid
GIDDENS, ANTHONY 1995 Modernidad e Identidad del Yo. El Yo y la Sociedad en la Epoca Contemporánea, Península, Barcelona.
LASCH, CHRISTOPHER 1979 The Culture of Narcissism, Warner Books, New York
LIPOVETSKY, GILLES 2000 La Era del Vacío. Ensayos sobre el Individualismo Contemporáneo, Anagrama, Barcelona.
MALCOLM, HENRY 1971 Generation of Narcissus, Little, Brown & Co. Boston
MARCUSE, HERBERT 1968 Eros y Civilización, Seix Barral, Barcelona
ORTEGA Y GASSET 1996 En torno a Galileo, Espasa Calpe, Madrid
RIESMAN, DAVID 1968 La Muchedumbre Solitaria, Paidós, Buenos Aires
SENNETT, RICHARD 1979 Les Tyrannies de l'Intimité, Edic. du Seuil, París